

Gaune Corradi, Rafael: *Escritura y salvación. Cultura misionera jesuita en tiempos de Anganamón, siglo XVII*, Santiago de Chile, U. Alberto Hurtado – U. Católica de Chile, 2016, 486 págs. ISBN: 978-956-357-056-4.

Discúlpese que comience una reseña evocando recuerdos personales. Al tener este libro entre mis manos, me ha venido a la mente el primer viaje que hice a Chile en el año 2006. Tuve la suerte de conocer allí a un universitario excepcional. Aún no había acabado sus estudios y ya podía enseñar a un extranjero como yo muchos secretos de los ricos archivos chilenos. Recuerdo que hablaba con pasión sobre la Historia, que desde fecha temprana se sentía atraído por el jesuita Luis de Valdivia y que soñaba con llegar a Europa para hacer su doctorado. Aquel estudiante se llamaba Rafael Gaune Corradi y no faltó a ninguna de las promesas que se hizo a sí mismo.

Un par de años después, cruzó el océano para empezar la aventura que ha terminado en este maravilloso libro. Rafael tenía en mente viajar a Italia, su segunda patria. Admiraba profundamente la tradición de estudios sobre religión moderna que había germinado en la *Scuola Normale Superiore* de Pisa, enlazando a maestros del pasado como Delio Cantimori y figuras consagradas de la actualidad como Adriano Prosperi o Carlo Ginzburg. Estaba seguro de aprender entre ellos lecciones que pudieran aplicarse al análisis de su principal objeto de interés: la Compañía de Jesús en el Chile del siglo XVII. Algo para cuyo conocimiento también necesitaba estudiar los fondos del *Archivum Romanum Societatis Iesu*, donde pasó largas y fructíferas temporadas. Pisa y Roma se convirtieron así en las estaciones principales de su doctorado, aunque Sevilla también jugó un papel relevante, porque la investigación requería encontrarse con los papeles del Archivo de Indias. Ya doctor, Rafael Gaune regresó a Santiago de Chile. El antiguo alumno de la Católica es hoy profesor. Y nos ofrece al fin su obra.

El fascinante camino de tantos años ha quedado grabado en este *Escritura y salvación*. Las enseñanzas pisanas abundan entre sus páginas, brillando en la superficie o latiendo como un sustrato profundo. De Prosperi, su director de tesis, Gaune ha heredado la conexión de la praxis histórica con el compromiso cívico, la visión de la misión como elemento central en la formación cultural de muchas sociedades de la Edad Moderna, y conceptos nucleares como los de «deseo de las Indias» o «ritos de paso», familiares para todo lector de *Tribunali della coscienza*. La huella del admirado Ginzburg se encuentra en mil detalles, entre los que tal vez quepa destacar la mirada crítica sobre la historicidad del cacique

mapuche Anganamón que emerge de la literatura ignaciana, motivo central en la obra de Gaune. La idea frecuentemente repetida de «descifrar» como ejercicio hermenéutico, en el que la identificación de diferentes estratos culturales acumulados nos permite entender figuras culturales exóticas o –mejor aún– conocidas, remite a libros clásicos de Ginzburg como *El queso y los gusanos* o *Historia nocturna*.

No obstante la fuerte impronta de sus maestros pisanos, la cultura histórica de Gaune Corradi no bebe solo de ellos. Lector infatigable, se ha enfrentado con tesón a la enorme bibliografía internacional que la Compañía de Jesús ha suscitado en los últimos años, asumiéndola y haciéndola suya, como demuestran las admirables consideraciones historiográficas incluidas en las «Premisas» iniciales (que por su extensión podría considerarse más un capítulo del libro que una simple introducción). El sugerente título, que alude a «un caleidoscopio global jesuita», ilustra de antemano la conclusión central de estas lecturas. Una de las claves en la eclosión reciente de los estudios jesuitas reside en su capacidad de resultar funcionales a los intereses de las tendencias macro-históricas que triunfan actualmente, como la Historia Global, la Historia Conectada o la Historia Atlántica. Gaune ha entendido esto a la perfección; ha enfocado su investigación como una pieza en la construcción de una Historia Global y, a la inversa, ha interiorizado que no puede escribir sobre la Compañía sin pensar en términos globales.

De esta manera, la tradición pisana, los estudios jesuitas y la Historia Global han constituido los cimientos intelectuales de una obra que Gaune estructura en torno a cuatro magníficos capítulos. El primero se titula «El deseo (periférico) de las Indias (1568-1598)» y explica la aparición de la Compañía de Jesús en Chile como el resultado de unas dinámicas que no pueden explicarse sin atender a lo que sucedía en Roma, España o Perú. El comienzo se situaba en Europa, en España o Italia, donde muchos jóvenes sentían ese anhelo de evangelizar las Indias que expresaban a través de las cartas *indipetae*, conservadas en el ARSI. Desde su raíz, la vocación se hermanaba con la escritura. Después llegaba la construcción del espacio jesuita chileno, emprendida y negociada por la provincia peruana y el generalato romano a través del intercambio epistolar, pues lo colectivo jesuita también se fundamentaba sobre la cultura escrita. Una vez instalados en Chile, la palabra seguía siendo fundamental. Los jesuitas no solo triunfaron por sus inteligentes estrategias socio-económicas, sino por la construcción de un discurso en el que Gaune destaca la idea de una retórica de la precariedad orientada hacia la búsqueda de la salvación espiritual.

El segundo capítulo, «Circular y mediar: itinerarios epistolares entre Chile y Roma», profundiza en el análisis de la cultura escrita jesuita. Ya desde los primeros renglones se resume la esencia de lo que se desarrollará a continuación: «Roma y Chile se convierten en dos puntos de fuga del caleidoscopio jesuítico en el orbe católico. Son dos fragmentos de mundos que se vinculan a través de los canales de información que levantaron verdaderas telarañas epistolares globales» (p. 153). El funcionamiento global jesuita necesitaba mecanismos que lo hicieran posible y, entre ellos, ninguno más funcional que el inefable arte de la escritura. Y si ya fue importante durante el enraizamiento chileno de la Compañía, estudiado en el capítulo anterior, más aun lo será durante la consolidación seiscientista, atendida en este capítulo y los siguientes. El gobierno y la comunicación lo necesitaban, según va demostrando el pormenorizado análisis de documentos individuales como las instrucciones fundacionales del P. Diego Torres Bollo o tipologías documentales como las cartas *anuas*.

A continuación, el libro avanza hacia las prácticas jesuitas en la frontera, estudiadas desde una perspectiva doble pero interconectada: las relaciones con el contexto inmediato de la guerra y la inserción en la cultura jesuita global. Su vocabulario conceptual giraba en torno a la paz, la justicia, el perdón y la negociación/mediación con un interlocutor cuya personalidad y vicisitudes aparecen reflejados en la literatura epistolar. El mapuche de la Araucanía se asoma a la ventana de la Historia a través de estos papeles jesuitas. De aquí nace la brillante definición de las cartas como «verdaderos sismógrafos de la realidad» o «grafos que percibieron los movimientos, las ondas, la amplitud y las discusiones en torno a la guerra en los contextos ibéricos y jesuíticos» (pp. 237-238). Otra vez la escritura respira en el corazón de la acción jesuita, no solo como elemento funcional en los diálogos interétnicos, sino también como vía para llegar al *otro*; siguiendo la metáfora de Gaune, como vía para llegar a Anganamón, tomado no solo en su individualidad de *ulmen* de Purén, sino como símbolo de una cultura que vacilantemente se intentaba comprender. El análisis indaga entre los pliegues de la escritura jesuita: ¿quién es el cambiante Anganamón de las fuentes? ¿Es un auténtico mapuche del siglo XVII o una construcción cultural de sus observadores, que proyectaban sobre él anhelos y prejuicios? Las fronteras entre jesuitas y mapuches se tornaban difusas, tanto más cuanto la estrategia misionera de la Compañía se basaba en la *accomodatio*, un mecanismo característico que consistía en la predicación a través de la adaptación a la cultura de su interlocutor.

El proceder de los seguidores de Ignacio, debido a su complejidad, requería una mirada muy pausada, especialmente en

momentos como la Guerra Defensiva. El proyecto liderado por el polémico P. Luis de Valdivia, SI, fue uno de los momentos jesuitas por antonomasia en la frontera araucana. No obstante, su dimensión puramente jesuítica ha pasado algo desapercibida en los últimos años, oscurecida por su apasionante vertiente político-militar. Gaune reacciona ante esta tendencia y en el capítulo 4, «Los otros rostros de la Guerra Defensiva», arroja luz sobre el Valdivia misionero, dejando en penumbra al Valdivia político, mejor estudiado. Aunque ambas facetas se encontraban inextricablemente relacionadas, como se nos recuerda, surgen así muchos matices interesantes sobre la vocación religiosa del personaje, sus lecturas, su conocimiento teológico, sus libros o las concepciones sobre la conversión de los gentiles y el martirio de los religiosos. Desde el lado contrario, las críticas a Valdivia y la Guerra Defensiva también son reinterpretadas por Gaune desde fuera de la perspectiva política, aplicando con enorme sutileza el concepto de antijesuitismo, tanto como para detectar un paradójico antijesuitismo interno. Una vez más, al igual que en los capítulos anteriores, nos damos cuenta de que lo escrito actúa como receptáculo donde encontrar la esencia de estos fragmentos históricos.

Tras los cuatro capítulos principales, llegamos al epílogo, que el ingenioso lenguaje de Gaune piensa «para una topografía jesuita». La idea de la topografía es esencial en la conclusión de la obra, porque expresa la voluntad de hallar vínculos entre lo local y lo global. La cultura jesuita se nos ha demostrado como una realidad viva, que se construía y reformulaba en diálogo con las realidades inmediatas, en este caso las del Chile de fines del XVI y principios del XVII. No obstante, también se desarrollaba en función de lo que ocurría en un mundo muy amplio, pensado aquí como mucho más que una generalidad indefinida, sino como un marco donde existían otras topografías distantes pero relevantes, en las que también se formaba la cultura jesuita de Chile. Rafael Gaune es uno de los historiadores modernistas que ha apostado por la superación de la perspectiva nacional para explicar el Chile colonial. Sin embargo, frente a las recurrentes miradas hacia España características de los enfoques más políticos, su sensibilidad más atenta a la religiosidad le ha llevado a Roma, el corazón de la Compañía de Jesús. Roma y Arauco construían juntas un mensaje de salvación a través de la escritura y, mientras aprendemos esto, el libro de Rafael Gaune trasciende su materia concreta de estudio y nos muestra también cómo la mejor Historia Global requiere la capacidad de entender la grandeza que suele haber en lo pequeño.

José Manuel Díaz Blanco
Universidad de Sevilla

Gimeno Blay, Francisco M.: *Ameu saviesa. Los libros de la Universitat de València*, Valencia, Universitat de València-Vicerectorat de Cultura i Igualtat, 2016, 349 págs., ilustraciones en b/n y color. ISBN: ES: 978-84-9133-016-5.

Tal como el cuadro dentro del cuadro fue un recurso habitualmente utilizado por los pintores del Barroco para dotar a sus representaciones plásticas de renovados mensajes, más o menos crípticos, que hicieran de la obra de arte algo más que un preciado objeto suntuario que provocara el goce estético o piadoso, el libro que reseñamos se con-

vierte para todo aquel interesado por los libros y las bibliotecas —en especial para quien se precie de universitario y sobre todo integrante de aquel *Estudi General* que, fundado en 1499, se abre al futuro en los albores del siglo XXI— en obra de consulta tan imprescindible como obligada. Y lo es porque, siguiendo la metáfora artística, en él se concilia un discurso hilvanado a través de libros y bibliotecas, de bibliotecarios, docentes y estudiantes en busca de la sabiduría.

Bien es cierto que, siendo un estudio que trata de otros libros, y de libros que tuvieron un destino común en los anaqueles de la *Universitat de València* en el *carrer de la Nau*, lo

que conocemos como la Biblioteca Histórica de la Literaria, la obra del profesor Gimeno Blay tiene la virtud de combinar a la perfección un discurso ágil y seductor con el rigor científico de quien, como pocos, conoce los vericuetos de la misma tras años de provechoso contacto con sus tesoros bibliográficos. De hecho, sus múltiples citas *ad hoc* y erudición hasta sus constantes digresiones al papel de quienes los utilizaron o utilizan en mayor o menor medida como diálogo permanente con la sabiduría atesorada secularmente, lo convierten al mismo tiempo en un agitador de conciencias, una reflexión permanente y necesaria de lo que es en esencia ser universitario, pues «El saber es apasionado o no lo es, no puede parangonarse al trabajo mecánico, en modo alguno» (p. 65).

El diálogo permanente y por ello intemporal, la confrontación de ideas mediante la confluencia de lenguas, culturas, religiones y modos de pensar son consustanciales entre libros (manuscritos o impresos) depositados en una biblioteca que, aun a pesar de los avances tecnológicos impulsores de su desmaterialización virtual, se convierte todavía en el *sancta sanctorum* ineludible de quien ama la *saviesa* y necesita perentoriamente transmitirla renovada a las nuevas generaciones en pro del progreso de la sociedad. Sin esta premisa ni el objeto (el libro), ni su contenedor (la biblioteca), ni siquiera la institución que los hace posibles en armonía (la universidad) hubieran tenido cabida desde la Edad Media.

Al contrario que otras bibliotecas universitarias europeas, la de la *Universitat de València* tardó en constituirse como tal, y, aunque disponía de colecciones particulares de libros, no fue hasta fines del siglo XVIII cuando el ilustrado Francisco Pérez Bayer decidió donar su emblemática y sobresaliente colección personal de libros a la ciudad de Valencia para que la trasladase a la institución académica, afectada esta por una grave penuria bibliográfica hasta entonces, en aras del beneficio del claustro de profesores y, sobre todo, de los estudiantes que frecuentaban las aulas de la *Nau* con el propósito de que, asimismo, recibieran las enseñanzas de maestros de otros tiempos cuya ciencia se había perpetuado a través de los libros.

Albergaba Pérez Bayer, sin duda, la expectativa de que otros siguieran el ejemplo de su donación. Un acto solemne que se llevó a cabo el 27 de julio de 1785 y en el que entregó los seis volúmenes de la Biblia Políglota Complutense (1514-1517) como símbolo de la transferencia de la colección libresca que durante toda su vida había atesorado, dando paso, por ende, a la verdadera fundación de la biblioteca del *Estudi General*.

Pero, a pesar de su iniciativa, su colección y la de otros tantos profesores y próceres valencianos (V. Blasco, S. de Pellós y Lanuza, D. Mascarós y Segarra o J. A. Mayans, entre otros) que emularon su generosidad regalando sus *objetos* más preciados, garantizando su conservación y contribuyendo al enriquecimiento de la biblioteca, se perdieron en el incendio de 1811 durante el sitio de la ciudad por los franceses. Habida cuenta de ello, los bibliotecarios, a medida que fueron ingresando los diferentes fondos particulares, registraron las mencionadas donaciones, así como los nombres de sus magnánimos benefactores. Desgraciadamente, la biblioteca de la *Universitat de València* volvía a carecer de un fondo al servicio de la comunidad académica.

Carencia que *solo* se pudo paliar con la acogida de las excepcionales colecciones provenientes de la desamortización, acto que propició la adquisición del valioso patrimonio

bibliográfico que hoy día custodia la Biblioteca Histórica de la *Universitat de València*.

Pionero en la demanda de los libros de las instituciones religiosas desamortizadas, apelando a Isabel II sobre la escasez de material bibliográfico y el estado diezmado en el que se hallaba la biblioteca desde el citado incendio de 1811, tal y como se decretaba en la Real Orden de 25 de julio de 1835, fue el rector de la Universidad de Valencia Francisco Villalba, gracias al cual, y después de una esmerada selección adecuada a las necesidades de la institución universitaria, la comunidad académica empezaba a disponer finalmente de libros.

Este hecho, junto a las subsiguientes donaciones de intelectuales y patricios valencianos, fue clave para la reconstrucción de las procedencias de los fondos específicos que guardan en su haber manuscritos, incunables y libros de los siglos XVI-XVIII con las obras cumbre de la cultura occidental. Volúmenes todos ellos sobre los cuales el tiempo ha causado mella en su conservación, mas no así en la historia que sus páginas almacenan: señales, vestigios, indicios en cada ejemplar que, a pesar de haber permanecido en silencio, vislumbran cuál ha sido su propio periplo hasta llegar a nuestras manos, desde su copia o impresión, las personas que participaron de su elaboración o *ex libris*, hasta el lugar que ocupaban en los anaqueles al ingresar en la biblioteca según la disposición temática propuesta por Legipont.

De estos manuscritos conservados, humanísticos en su mayoría, una cuantiosa parte provenía de la biblioteca del Monasterio de San Miguel de los Reyes, los cuales llegaron a la capital del Turia como herencia del Duque de Calabria por parte de los Reyes de Aragón en Nápoles a partir de 1527. Se puede apreciar el conjunto heterogéneo de códices de temática disímil, pero procedentes todos ellos de los refinados ambientes humanísticos italianos. Códices de lujo, escritos por los mejores copistas especializados de los que se puede observar en algún ejemplar el encargo del propio Duque o la recurrencia de algunos copistas en sus colofones.

No solo la riqueza del patrimonio del que ahora disponía la *Universitat de València* residía en su codiciada colección manuscrita, sino también en la considerable serie de incunables elaborados en los mejores talleres de Europa que permiten entrever la producción del libro europeo entre los siglos XVI y principios del XX.

La biblioteca de la *Universitat de València*, a lo largo del tiempo, ha sido el punto de encuentro en el que han confluído muchas historias particulares que han ido dejando huella en el devenir de su formación, silenciada por los acontecimientos que les han sobrevenido, pero imborrable para el que pretende escuchar su voz, su historia.

Además, la transcripción y edición que el doctor Gimeno Blay realiza acuradamente de la correspondencia entre Pérez Bayer y los hermanos Mayans, de las peticiones de Villalba a la Reina y al Gobernador Civil, conjuntamente con la información relativa a los catálogos de registro de dichas colecciones, entre los documentos más destacados, se adereza con una valiosa selección de ilustraciones que permiten al lector seguir el discurso a través de las imágenes de algunos de los ejemplares que la biblioteca universitaria conserva, contribuyendo a que el itinerario por el que nos guía para conocer de primera mano la historia de su formación alcance con éxito su propósito.

Estefania Ferrer del Río
Universitat de València

Capdepón Verdú, Paulino: *El compositor asturiano Ramón Garay (1761-1823)*, 2 vols., Fundación María Cristina Masaveu Peterson, Oviedo, 2016, 2476 págs. ISBN: 978-84-608-8152-0.

A pesar de tratarse de uno de los autores más influyentes de su época, la mayor parte del gran patrimonio musical que nos ha legado el compositor asturiano Ramón Garay (1761-1823) ha dormido el sueño del olvido. Por esta razón, constituía una tarea urgente la recuperación y estudio de su personalidad humana y musical, razón por la que la Fundación María Cristina Masaveu Peterson comprendió la importancia de tal tarea, patrocinando tanto la investigación como la edición impresa que ahora ve la luz y que recoge la obra religiosa en español del mencionado autor (villancicos, pastorelas, tonadas, cavatinas, etc.). Magnífica la labor de instituciones culturales como la mencionada Fundación, presidida por Fernando Masaveu, uno de cuyos objetivos principales es la promoción, difusión, conservación, recuperación y restauración del patrimonio histórico español, de la música y del arte en general.

Ha sido mérito de Paulino Capdepón Verdú, catedrático de Historia de la Música de la Universidad de Castilla-La Mancha y director del Centro de Investigación y Documentación Musical-Unidad Asociada al CSIC, haber elaborado este esmerado trabajo de investigación en una edición en dos volúmenes que podemos calificar de auténtico lujo y que recupera brillantemente para la cultura española la producción sacra en castellano de Garay. Con un diseño imaginativo, la presentación de esta edición se ha cuidado hasta en sus mínimos detalles con unas ilustraciones de gran calidad.

Nacido en Avilés en 1761 e hijo del organista de la Colegiata de Covadonga, recibió su primera instrucción musical en solfeo, canto y órgano de su progenitor, ingresando muy joven en el congreso de la Merced de Avilés. Años después, a los 18 años ingresó en calidad de salmista en el coro de la Catedral de Oviedo, donde se formó con el maestro de capilla Joaquín Lázaro y con el organista Juan Andrés Lombide. Con el deseo de ampliar sus estudios musicales, residió durante un tiempo en Madrid, donde recibió clases del maestro de capilla de la Real Capilla, José Lidón, el cual ejerció una impronta imborrable en la conformación de su personalidad musical además de tener la oportunidad de conocer la obra musical de Joseph Haydn, cuya obra sinfónica, en pleno auge en aquel momento clave de la consolidación del estilo musical clásico centroeuropeo, constituirá un modelo en la propia obra sinfónica del compositor asturiano. Desde

Crespo Sánchez, Francisco Javier: *Crear opinión para controlar opinión. Ideología, sociedad y familia en el siglo XIX*, Ediciones Doce Calles, Madrid, 2016, 367 págs. ISBN 978-84-9744-188-9.

El siglo XIX español sigue siendo, todavía hoy, un gran desconocido. Aunque se han hecho grandes y reseñables avances en el conocimiento de la política y de la cultura de esta centuria, el estudio de la sociedad decimonónica tiene alarmantes carencias y vacíos, especialmente porque aún siguen vigentes algunos análisis e interpretaciones de los años 70 y 80 que necesitan una decidida revisión. Como ya

Madrid se trasladó a Jaén con el fin de opositar al magisterio de capilla de la Catedral de Jaén; después de una accidentada oposición, fue nombrado maestro de capilla de dicha catedral en 1789, cargo que ocupó sin interrupción hasta su fallecimiento en 1823; posteriormente, en 1792, se le confió asimismo la responsabilidad de dirigir el Colegio de San Eufasio. Un momento álgido tal como destaca el profesor Capdepón, fue la invitación que se le cursó desde el Palacio Real de Madrid para dirigir la orquesta y coro palatinos ante el rey Fernando VII en 1815. Su amplia y magnífica obra musical le hace merecedor de ser considerado como uno de los autores emblemáticos de su época debido, entre otros méritos, a su contribución a la consolidación en España del género sinfónico y a la calidad de su música religiosa.

A lo largo de sus 2476 páginas, distribuidas en dos volúmenes, el autor de este ingente trabajo aporta completa y documentada información: además de una introducción que abarca aspectos como los objetivos, el estado de la cuestión, la metodología empleada o las fuentes, se tiene en cuenta el ambiente histórico-musical de la segunda mitad del siglo XVIII y los primeros años del XIX tanto en España como en Jaén como forma de contextualizar la trayectoria de Garay, cuya biografía es estudiada de manera ejemplar en base a la documentación original conservada. Pero todo ello sería insuficiente si no se hubiera analizado su aportación a la historia de la música española y europea sin la presencia de la misma música, que es estudiada desde el punto de vista estilístico, llegando a la conclusión de que el legado musical eclesiástico de Garay supone un momento álgido en la transición del estilo tardobarroco a otro centrado en los parámetros del clasicismo. Finaliza la parte propiamente teórica con la descripción de las fuentes conservadas y la indicación de los criterios de transcripción y de edición. En la parte de la transcripción musical, cada una de las 60 obras recuperadas va precedida de una ficha identificativa que contiene los principales datos de localización, dotación vocal-instrumental, partes de la obra, notas críticas y texto poético.

En definitiva, no podemos sino congratularnos por esta magnífica edición que representa un momento culminante de la musicología española debido a la magnitud de un trabajo realizado desde la excelencia. Nuestra más sincera felicitación tanto a la institución promotora, la Fundación María Cristina Masaveu, como al profesor Paulino Capdepón.

José María García Laborda
Universidad de Salamanca

señaló Juan Pro en 1995, la historia social del siglo XIX «cae en la mera descripción del contenido de las fuentes, o bien proyecta el espectro de un pasado que se niega a desaparecer, y entonces nos presenta el XIX como el mundo de la inmovilidad» (p. 49). Nos queda mucho por hacer, por saber y, sobre todo, falta proponer renovadoras miradas que permitan entender una sociedad tan sumamente compleja, como fue la española desde finales del siglo XVIII hasta los comienzos del XX.

Por suerte, la obra de Francisco Javier Crespo Sánchez supone, sin lugar a dudas, un sugerente e importante paso adelante que no solo permite esclarecer aspectos hasta

ahora desconocidos, sino que también plantea de una forma original y meritoria elementos cruciales de esa realidad social tan intrincada y poliédrica. Bajo el título *Crear opinión para controlar opinión. Ideología, sociedad y familia en el siglo XIX*, el autor establece como objetivo fundamental el indagar sobre el proceso de creación del discurso que emana del triángulo formado por sociedad, familia y religión; y, para ello, ofrece un exhaustivo análisis de una gran muestra de prensa española y portuguesa, especialmente diarios católicos o afines desde mitad del siglo XVIII hasta inicios del XX, a partir de los cuales examina la emergencia de la opinión pública en España —entendiendo esta como una intersección de ideología, discurso y espacio público—. Más allá de estos objetivos, el libro tiene además la valía de incorporar como otros de sus grandes propósitos tanto el estudiar si se produjeron, o no, modificaciones del discurso como el observar la naturaleza de sus cambios y continuidades.

El libro aparece dividido en cuatro grandes partes: una primera introductoria denomina «Prensa y opinión pública en el tránsito del Antiguo Régimen a la sociedad liberal»; una segunda titulada «La confrontación de los discursos civiles y eclesiásticos sobre la sociedad en la prensa»; otra llamada «La moralidad y los valores religiosos en los periódicos»; y, finalmente, una gran parte final que versa sobre «La familia como fundamento de la sociedad». A todo ello habría que sumar el epílogo, que ha sido titulado «La construcción de un modelo discursivo dominante desde la prensa». En el primer gran apartado empírico —«La confrontación de los discursos civiles y eclesiásticos sobre la sociedad en la prensa»—, Francisco Javier Crespo establece las coordenadas esenciales del periodo de estudio —inspirado en gran medida por la interpretación de Jesús Cruz—, entendiéndolo como una época de renovación pero sin modificaciones importantes, en lo que se refiere a la segunda mitad del siglo XVIII, y de tránsito hacia el nuevo modelo liberal, en lo relativo al XIX. El debate sobre orden social fue una temática constante en la prensa, y muy relevante es el papel que tuvo la religión a la hora de legitimar la perpetuación de la estructura social: aunque se estaban produciendo constantes mutaciones, lo realmente importante era asegurar que la sociedad siguiera constituida por el binomio «directores-dirigidos». La Iglesia, aunque fue duramente criticada durante el periodo ilustrado y el convulso primero tercio del ochocientos, adoptó a partir de 1850 una combativa posición ante la emergencia de nuevas ideologías y la ejecución de políticas que minaban su posición, como por ejemplo la ley de matrimonios civiles de 1870.

En el tercer gran apartado, «La moralidad y los valores religiosos en los periódicos», Francisco J. Crespo indaga con minuciosidad algunas premisas planteadas en el apartado anterior. Durante el siglo XIX, la Iglesia quiso presentarse ante la sociedad como albacea de la estabilidad y de la paz social, y por ello tuvo como una de sus prioridades descalificar en prensa al «enemigo», forjando una imagen de decadencia, un tiempo de vicios y revoluciones. «Una idea siempre estuvo clara, solo la Iglesia podía representar los modelos que eran correctos y beneficiosos, el resto, solo podían estar encaminados a la equivocación y el pecado» (p. 209); es decir, la Iglesia no solo fue la cabeza visible de la dirección moral de la sociedad, sino que además tenía que velar por el cumplimiento efectivo de la moral cristiana o, como califica el autor, la «vivencia cristiana de la moral».

En el apartado «La familia como fundamento de la sociedad» se recoge interesantes y valiosas aportaciones para entender cómo se crearon y desarrollaron temáticas claves. En primer lugar, se aborda el matrimonio como una cuestión que estuvo siempre presente en la prensa desde la segunda mitad del XVIII hasta principios del XX. Desde la Iglesia no hubo cambios reseñables, pues la doctrina fijada en Trento no experimentó ninguna transformación. Se difundió un modelo básico, apuntalado en la autoridad, jerarquía y procreación, que se mantuvo vigente a lo largo de todo el ochocientos; no obstante, el mensaje y la forma de presentar al matrimonio en sociedad sí que experimentó mutaciones. Según el autor, los diarios católicos del XIX compartieron objetivos a la hora de imponer el modelo de familia burguesa y contribuyeron enormemente a su afianzamiento al dotar al matrimonio católico de un aura sagrada que lo ensalzó frente a sus tres grandes enemigos: la soltería, el divorcio y el celibato —no religioso—. Incluso, en esta apología del matrimonio católico, llegaron a esgrimirse las nuevas razones médicas que por aquel momento estaban adquiriendo mayor protagonismo. En definitiva, según la prensa católica del XIX, el objetivo principal del matrimonio era la procreación, pues producía tanto ciudadanos para el Estado como fieles para la Iglesia.

Más allá del propio contenido del discurso, Francisco Crespo afirma que la prensa católica forjó esta imagen de la familia como una institución privilegiada con el objetivo de reforzar el proyecto de cristianización individual que la Iglesia quería acometer en esa sociedad tan cambiante. Qué mejor forma para ello que presentar a esa familia y el hogar como el paraíso en la tierra, como un adelanto del descanso eterno que era necesario —y obligado— imitar. Los diarios de corte católico, como voz de la Iglesia en la opinión pública, recordaron constantemente que el correcto cumplimiento de este modelo familiar era un requisito fundamental para el orden social; en caso contrario, la desaparición y destrucción de la familia, y por ende la ruina de la sociedad, estarían cada vez más próximas, como así hacían ver que estaba ocurriendo.

Como bien puntualiza Francisco Crespo, estos mensajes, en definitiva, estaban encaminados no solo a crear opinión, sino también a controlar los comportamientos. Es por ello que los roles de padre y esposo, y sobre todo el de mujer, esposa y madre, fueron cuidadosamente perfilados y continuamente reiterados. Por un lado, el padre era la figura hegemónica y de autoridad por excelencia, él tenía el dominio y era el vértice de la jerarquía familiar; sin embargo, también comenzó a tener nuevas obligaciones, pues ya desde finales del siglo XVIII se fue expandiendo la dimensión paternalista basada en el diálogo y el amor. El autor llega sugerentemente a una doble dimensión de la paternidad, una positiva y otra negativa: por un lado, la que se basa en los atributos que sí debía cumplir, como era la autoridad, vigilancia y educación de sus hijos; y, por el lado contrario, todo aquello que debía evitar, como era el alcohol, los juegos de azar y la prostitución. Sin embargo, fue la figura de la madre la que concentró mayor atención de la prensa católica del siglo XIX. En ella confluían muchos factores claves de ese discurso y del control sobre los comportamientos sociales. Tanto en el siglo XVIII como a lo largo del XIX, el objetivo era que la mujer comprendiera que sus obligaciones fun-

damentales eran ser madre y esposa, que no podía dejar de serlo porque era parte fundamental de su naturaleza, la cual debía asumir y cumplir con todas sus consecuencias. Ella proveía a la sociedad, aunque exclusivamente desde el hogar, de bienestar físico y moral, tal y como hizo la Virgen María —figura a la que se refieren constantemente—.

En conclusión, si decíamos al inicio que el conocimiento historiográfico de la sociedad española del XIX presenta hoy importantes carencias, la obra de Francisco Javier Crespo resulta una aportación de gran valor e interés. La complejidad

del tema y del periodo subraya aún más el mérito de la obra, la cual trasciende del análisis de la creación de modelos discursivos y además se adentra en el examen de cómo estos se trasladaron al mundo de la opinión pública. Analizar el cambio y/o continuidad es un objetivo constante en todo el libro, pero la respuesta que ofrece el autor es mucho más compleja que esta simple y clásica dicotomía.

Pablo Ortega-del-Cerro
Universidad de Murcia

López-Chaves, Pablo: *Los intelectuales católicos en el franquismo. Las Conversaciones Católicas Internacionales de San Sebastián (1947-1959)*, Granada, Editorial Universidad de Granada, 2016, 363 págs. ISBN: 978-84-338-5792-7.

Han pasado varios años desde que se desatara la polémica sobre si la Iglesia se «despegó» paulatinamente de la dictadura franquista o, si por el contrario, solo se «desenganchó» del régimen cuando la continuidad de este se antojaba ya inviable. Desde entonces, han proliferado los estudios sobre la actitud de la Jerarquía eclesiástica respecto al franquismo y su postura ante el tránsito hacia la democracia: las tensas relaciones que mantuvo con Acción Católica en la década de los sesenta, el grado de permeabilidad de las conclusiones del Concilio Vaticano II —especialmente en aquellos sectores menos proclives a las reformas—, y su insistente negativa a patrocinar una opción política democristiana en los albores de la transición, son solo algunos ejemplos de ello. No obstante, la organización, el desarrollo de actividades culturales y la puesta al día de la intelectualidad católica española en la inmediata postguerra mundial, son temas que, en líneas generales, han sido dejados de lado por los investigadores.

El presente libro, fruto de una tesis doctoral leída en la Universidad de Granada, que además contó con el asesoramiento y el apoyo de profesores de otras universidades (Sevilla, Alcalá), aspira a llenar este vacío historiográfico. Y lo logra mediante el análisis de las Conversaciones Católicas Internacionales, que se desarrollaron cada verano, en San Sebastián, desde 1947 a 1959. Dicho evento, organizado por Carlos Santamaría y promovido, en un primer momento, desde instancias estatales, sobre todo la ACNP, ejemplifica cómo, tras la construcción del Estado Nuevo y con anterioridad al período desarrollista, una parte de la intelectualidad católica que apoyaba al franquismo tomó conciencia de una realidad que no se ajustaba a los presupuestos de justicia social, ni al espíritu ecuménico que sancionó, definitivamente, el Concilio en 1965. Las inquietudes y los impulsos reformistas, subyacentes y minoritarios aun, se hicieron oír en los debates a los que dieron pie los programas de las Conversaciones, que a su vez se hicieron eco de las discusiones que tenían lugar, tanto en el contexto español como internacional, sobre el papel que le correspondía a la Iglesia en la sociedad.

Pero la idiosincrasia del catolicismo en España, tras bendecir la idea de Cruzada y servir de sostén al régimen tras 1945, no puede pasarse por alto. Así, este estudio no se limita a señalar el rol de disidentes que jugaron quienes

participaron en las Conversaciones, si no que se cuestiona de qué manera estas potenciaron el distanciamiento de la Iglesia respecto a la dictadura. Aunque el alcance público de los temas tratados a lo largo de sus sesiones fuese escaso, contribuyeron a aflojar los lazos que unían el poder temporal con el espiritual, el maridaje que imposibilitaba el *aggiornamento* de la Iglesia española. Sirvieron, pues, para airear una casa común ante la que recelaban las nuevas generaciones, que alcanzaban la madurez por entonces. Se fue orquestando, paulatinamente, una plataforma que contaba con el beneplácito de las autoridades pero en la cual se daba la palabra a las tendencias favorables a las reformas. Ello no fue óbice para que, al mismo tiempo, se tuviera en cuenta que la corriente predominante en las altas instancias era eminentemente conservadora, ya que la continuidad de las Conversaciones dependía de ello.

La trayectoria personal de su principal promotor, Carlos Santamaría —propagandista desde 1933, tildado de nacionalista y simpatizante de las izquierdas en la posguerra y Consejero de Educación con el PNV en democracia—, es sintomática de la deriva que tomaron las Conversaciones durante la década de los cincuenta. De ser percibidas como una iniciativa que adecentaría la imagen de la dictadura en el panorama internacional y un espacio donde formar a elites que recristianizaran a la sociedad, pasaron a suscitar recelos y a ser objeto de presiones, especialmente desde el Ministerio de Asuntos Exteriores, por el cariz autónomo que iban tomando ya que, año tras año, se fueron emancipando de la tutela gubernativa. Y, como se pone de relieve en el libro, esto sucedió, en primer lugar, porque potenciaron, dentro de los estrechos márgenes que permitía el autoritarismo franquista, el diálogo entre católicos; porque contaron con la participación de intelectuales católicos de distintos países europeos, que aportaron perspectivas que se situaban en las antípodas del nacional-catolicismo imperante; y porque incluyeron en la agenda de las Conversaciones, y amplificaron a través de la revista *Documentos*, planteamientos que amenazaban con socavar la simbiosis entre la Iglesia y el Estado, cuyo punto álgido fue el Concordato de 1953. En segundo lugar, y entrando en detalle en la preparación, el contenido y las deliberaciones de las jornadas que se celebraron en San Sebastián, el autor tiene en cuenta hasta qué punto integraron aspectos de un ideario progresista que, irremisiblemente, les acarrearía la animadversión de los organismos que las auspiciaban. Así, en la edición de 1949, se confrontó el principio de libertad religiosa con la intromisión estatal en las creencias del individuo; en la siguiente se debatió la idoneidad de implicarse en asuntos temporales; cara a 1952 se quiso contar con la presencia de Jacques Ma-

ritain, filósofo francés cuyas críticas al franquismo se retrotraían a sus orígenes; y en 1955 se criticó a todo aquel régimen político que, para dotarse de legitimidad, se amparara en la puesta en práctica de una «política cristiana».

Por ello, no es extraño, como recoge el estudio, que quienes en su día apoyaron la iniciativa a la que dio forma Santamaría, con el visto bueno del ministro Martín Artajo en Asuntos Exteriores y del ministro de Educación Nacional hasta 1956, Joaquín Ruiz-Giménez, acrecentaran sus dudas sobre el efecto de las Conversaciones en los intelectuales católicos. A las quejas de destacados miembros de Falange, acerca de las heterodoxias que subyacían en su seno, se sumó la cautela del nuncio papal, Ildebrando Antoniutti, encargado de asentar los acuerdos concordatarios y contrario a todo aquello que pusiera en riesgo las relaciones entre Madrid y el Vaticano. A ello se añadió el retraimiento de Mons. Font y Andreu, obispo de San Sebastián, y la receptividad de Fernando María Castiella, a cargo de Exteriores desde 1957, que pese a ser propagandista, retiró el apoyo institucional al evento. De modo que, tras no celebrarse este en 1958, su corolario tuvo lugar al año siguiente. A partir de entonces, el catolicismo reformista tomó otros vías, menos ambiguas, para plantear su proyecto a la dictadura. En las Conversaciones se había larvado un germen cuyo efecto se dejó sentir, plenamente, en la década de los sesenta.

El encuentro, el debate, los puntos en común y las divergencias que resonaron, a lo largo de trece veranos, en el Palacio de la Diputación de San Sebastián, arrojan luz sobre la pre-transición de la Iglesia. El trabajo de Pablo López-Chaves nos permite ver que, bajo una superficie estática en apariencia, los cimientos en los cuales se sustentaba la dictadura comenzaron a resquebrajarse ya en los cincuenta. Evita, en su trabajo, caer en interpretaciones maniqueas, porque este proceso fue prolongado y estuvo jalonado de contradicciones y porque las autoridades políticas y eclesíásticas que apoyaron la empresa, intentaron que las Conversaciones se mantuvieran dentro de unos márgenes lo suficientemente ambiguos para tolerar su celebración. Sin embargo, cuando estas empezaron a tomar distancia de los principales axiomas de la dictadura, y adquiriendo un cariz con el que no fueron concebidas, se les retiró el apoyo y acabaron por diluirse. Pese a todo, ya habían calado más allá del período estival y de la capital guipuzcoana: las Conversaciones de San Sebastián fueron uno de los epicentros de la desvinculación del franquismo de amplios sectores del catolicismo español.

Juan Antonio Santana González
Universidad de Granada